

EN EL PALACIO LIBERTAD

VULNERABLES, SOMOS PARTE DEL TEMBLOR

Por Pilar Altillio

Curada por Sol Santich y Viviana Zargón, *Yo, Frágil* reúne a ocho artistas contemporáneos cuyas obras conforman una polifonía sensorial ligada al cuerpo y al presente.

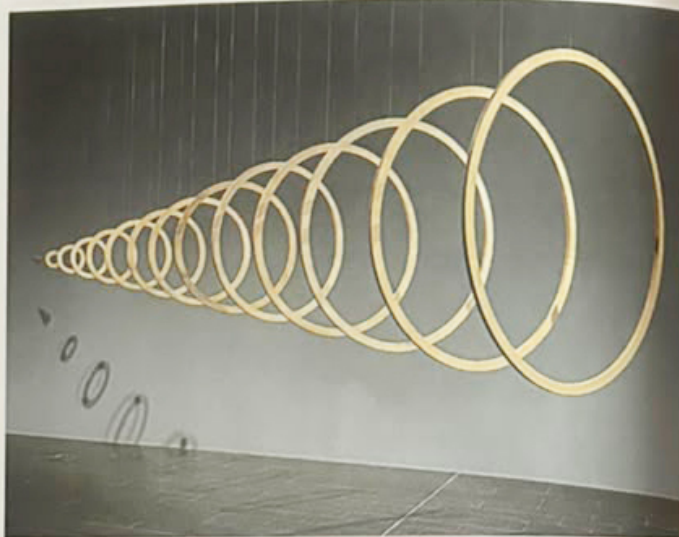
Tres salas con ocho artistas de distintas trayectorias y generaciones reflexionan desde sus propias poéticas sobre la fragilidad como una tensión palpable en el presente. Las curadoras, Sol Santich, de amplia trayectoria en armar recorridos curatoriales de colecciones y, Viviana Zargón, artista visual, investigadora y conocedora de quienes transitan espacios de formación, durante dos años seleccionaron un grupo de obras que pudieran expresar lo que el título declara: *Yo, frágil*. El pronombre o primera persona del singular es evidencia de una postura que la curaduría necesitó remarcar, que el arte no funciona como una respuesta sino como espacio de pregunta. Instalaciones, esculturas, videos y objetos con múltiples materialidades que señalan a la humanidad, tanto como a los cielos, los suelos, los sonidos o las piedras como formas de habitar, como bien sostienen en el texto que acompaña la muestra: la fragilidad es una condición colectiva que atraviesa todas las especies en múltiples temporalidades y contextos.

En una primera sala, conviven de una manera armoniosa algunas piezas de Matilde Marín que van desde 1997 a la actualidad, dando un giro estelar a una versión de sus reconocidos mantos que, esta vez, opera también como pantalla en una vibración visualmente potente entre los segmentos de papel de fibra y esencia de perla hecho a mano, de casi 5 metros por 8 de alto que

articula muy bien la pared de fondo. Las obras seleccionadas de Marín tienen un señalamiento a los humos y las huellas que estos dejan, tanto sobre el papel enrollado como fotografiadas o proyectadas, efímeras o persistentes, departen sobre el lugar de la utopía. *La Tierra Prometida I*, 1997; *Papel y fuego, París indemnizará a los afectados por más de 200 pruebas nucleares...* (El País 2009) de la serie *Cuando divisé el humo azul de Itaca*, 2017 y la instalación *Manto de la Utopía. Un muro de papel sobre las cenizas del mundo*, 1997-2026 funcionan como preguntas lanzadas al espectador en torno a lo que ha sido dañado, lo que intenta una reparación y lo que podemos soñar con lo que se proyecta sobre ese muro, unos bellos árboles de distintos contextos y un humo que enseguida se desvanece.

Enfrente, con una retórica muy delicada en formatos, materias y textualidades, Soledad Dahbar coloca sobre un estante piezas hechas de metales y minerales que provienen de economías extractivistas donde la materia deja de ser soporte para abrir un conocimiento intuitivo que abra una experiencia poética, ya enunciada con claridad en el título: *Los lapidarios*.

La sala tiene otro ángulo donde Silvia Rivas despliega tres videoinstalaciones. La más reciente, *Barca silenciosa* de la serie *Igual el paraíso es nuestro* (2026) reproduce en tres pantallas apaisadas conectadas con un nivel externo que tiene un hilo rojo tensionado



Juan Sorrentino. "Una gota cayendo en el agua".



Ivía Rivas. "Barca silenciosa", de la serie "Igual el paraíso es nuestro".

entre dos pinzas de cirugía; todo da cuenta de un paisaje capturado desde un bote cercano navegando por el Lago Nahuel Huapi, en Bariloche. Hace más de cinco años que Silvia registra no solo los árboles secos sino las marcas de los niveles de agua en la orilla de piedra, que están entre los más bajos desde hace tiempo. El sonido del viento se silencia para darle una densidad de ausencia y sólo se escucha el movimiento del agua que produce un mareo por el dispositivo del hilo tensado en línea recta sobre un nivel que cambia. *El sonido del viento II* tiene tres pantallas pequeñas sostenidas por trípodes de fotografía. De lejos parecen fotos, pero de cerca se perciben movimientos que dan cuenta del viento patagónico sobre un paisaje de estepa.

En la misma sala, pero separado del resto por una cuestión de iluminación, una instalación del ecuatoriano residente en Argentina, Ángel Salazar, toma como motivo el Triángulo del litio que abarca las provincias de la Puna: Jujuy, Salta y Catamarca. *Cristalizar el vacío* (2024) es una combinación muy

bien llevada a lo estético, de una serie de conocimientos a partir de tres esculturas con baterías que funcionan con reacciones químicas que van degradando el agua salada a lo largo del tiempo que dure la muestra. Se conectan a pantallas verticales que muestran paisajes extraños tomados desde Google Earth de la zona en cuestión que, operados por IA, van cambiando, creciendo y decreciendo como organismos vivos que funcionan como posibles lecturas del presente y del futuro de estos territorios amenazados por posibles crisis ecológicas.

La segunda sala pone en diálogo tres dimensiones materiales. La gran instalación de ladrillos huecos de Nicolás Oks, *Maqueta del tiempo II* (2026), construida especialmente para la exposición, donde el material constructivo real es sometido artificialmente a un desgaste y erosión para dar cuenta de un tiempo comprimido que profundiza en la lógica de la descomposición. Delicadamente contrasta con otra obra de Dahbar, *Descargar. Cooperar. Articular. Descomponer* (2024), realizada

en obsidiana grabada con esas palabras, buscando que el espectador las aborde con una cierta intuición. Remata la sala con tres dipticos de Nicolás Bacal, *La arquitectura de la soledad* (2013-2019), un trabajo complejo de xilografías de gran tamaño copiadas a la vieja usanza con cuchara de madera. Basado en un atlas de estrellas intervenido, expandido y transferido sobre placas enteras de madera de construcción, están para dar cuenta de una posible conexión entre lo mundano y lo sublime, y de lo pequeño con lo inconmensurable.

La última sala destaca por su diversidad de materialidades. Juan Sorrentino instala 14 aros de guatambú, en una distancia que recorre 120 x 600 cm, para dar cuenta de lo que expresa el título: *Una gota cayendo en el agua* (2024). Traduciendo esa expansión a una experiencia física y espacial, no representa sólo la gota sino también la misma huella en expansión que produce el sonido. Como artista sonoro, Juan señala una energía en desplazamiento. Cercana, una pieza de Dahbar, *Las partículas*, se compone de una serie de piezas donde el vidrio astillado aloja en su centro obsidiana y metal. Más que representar una explosión o un daño, la obra señala una cartografía de propagaciones, donde el impacto se vuelve un método para pensar la transmisión de energía, memoria y materia en el espacio.

Una gran pantalla recoge en video la experiencia de un grupo que, en Balcarce, provincia de Buenos Aires, retoma un oficio italiano de recoger los helechos entre las piedras de una manera eficaz para no dañar su reproducción, a través de esporas esparcidas por el viento. Marcela Cabutti viene indagando en estos territorios intentando reconstruir el Cratón del Río de la Plata que unía Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil con el Cratón de Kalahari, que abarca grandes extensiones de Sudáfrica,

Botsuana, Namibia y Zimbabwe. En ambos, la reproducción de helechos, hongos y líquenes siguen el mismo proceso que hace 3.600 millones de años. Los *Helecheros* y sus rostros en retratos tradicionales honran esa tradición en la obra de Cabutti.

Cierra una serie de piezas sonoras de Juan Sorrentino, inspiradas en el cuento "Cefalea" que Julio Cortázar publicó en su *Bestiario* de 1951. Las mancuspias, una pseudopalabra, es decir, una creación léxica inventada por Cortázar, son criaturas fantásticas e imaginarias, inestables que sufren constantes dolores de cabezas producidos por el murmullo de quienes los crían. Extrañas piezas que recolectan trozos donados por distintos amigos o rescatados de la basura, son tratados por Sorrentino como piezas sonoras que se activan con el movimiento y son capaces de generar un concierto que traduce, de alguna manera, su procedencia. Un tablón de una cancha de fútbol, un piano o el sonido de los pájaros.

"Yo, frágil nos alienta a enfrentar una vulnerabilidad inquieta, un espejo de nuestra propia experiencia, la conciencia de que todos habitamos y construimos un tejido de profunda interdependencia. Los invitamos a recorrer este rizoma y a ser parte de esta polifonía sensorial en donde podremos escuchar aquello que los materiales, las superficies y los silencios también tienen para decir". En suma, un recorrido que trabaja múltiples sensorialidades y poéticas que invitan a pensar.

Yo, frágil - VV.AA.

Lugar: Palacio Libertad, Sarmiento 151, 4° piso, salas 402, 403 y 404

Horario: mié. a dom. de 14 a 20

Fecha: hasta el 13 de septiembre

Entrada: libre y gratuita.



Un esqueleto rítmico. La obra de cuatro piezas "Eco al infinito".

COMO UN MANTO, SOBRE LAS OFICINAS

Por Pilar Altillio

En un edificio de San Isidro, Constanza Schwartz compuso una instalación flotante, que da aire y aligera tensiones.

Una instalación de 108m suspendida en el atrio de vidrio más largo de Latinoamérica es el nuevo desafío de obra de Constanza Schwartz, *Eco al infinito*, con cuatro obras que la componen. Desafiando la escala y la construcción escenográfica, manejando un mismo lenguaje personal que reproduce cruces entre la instalación, la arquitectura, la escultura, el dibujo y el diseño lumínico. Hablamos del edificio Lumina San Isidro, construido por el estudio Mario Roberto Alvarez y de reciente apertura, con un enorme atrio de 128 m de largo por 16 de ancho y 12 de alto, que funciona como núcleo de un ecosistema de trabajo dentro de una comunidad de más de 4.000 personas.

En ese lugar convergen, se encuentran, interactúan y se genera una identidad colectiva dentro de un sistema arquitectónico, donde la propuesta de Schwartz, de cuerpos flotantes de geometría elemental, livianos, coloridos y pleno de superficies reflectantes, se repiten y articulan cimentando un señalamiento como un manto que acompaña el recorrido.

Constanza organiza visuales diferentes que van desde las de un caminante de planta baja a las otras, que obtienen quienes trabajan en las plantas superiores, donde esas mismas formas adquieren otro tono, todavía más liviano, presentándose co-

mo un armazón rítmico. La idea de eco no es casual porque se evidencia cuando percibimos la morfología de sus formas, que tanto se asimilan a un esqueleto como a una bandada de pájaros que se despliegan en el cielo. Usando la repetición, el ritmo y la síntesis, y combinando estos cuatro cuerpos que median entre la cúpula celeste también segmentada, las estructuras flotantes funcionan como figuras atemporales y abstractas.

La artista entiende que "la objetividad es un proyecto inalcanzable" y que "solo mediante experiencias intensamente subjetivas se puede ir cambiando nuestra inserción, la participación y la influencia en el mundo".

En 2024 presentó su primera muestra individual, *Más allá del infinito*, en Ungallery, con una instalación que necesitaba de la cooperación del espectador para adaptarse a un recorrido inestable donde el piso, las luces intermitentes, el sonido fluctuando entre fuerte y delicado, lograban incitar a un recorrido que culminaba en una torre de refrigeración de tipo hiperboloide de las plantas nucleares que liberan vapor de agua limpio. Ahora, la materialidad de las piezas, la destreza de su manufactura y la delicadeza de su terminación aportan una gran capacidad de reflectancia que devuelve un reflejo activo disolviendo los límites entre obra y presencia, entre imagen y símbolo.



Nicolás Bacal. "Maqueta del tiempo II".